

Durante el cerco se produjeron episodios de los más variados caracteres. Un soldado de Manrique consiguió apoderarse del hijo de cierto escudero del alcaide, llamado Tejeda (según otras versiones, el muchacho era hijo del propio alcaide Montoya), atrayéndolo a una puerta falsa con la promesa de darle unas cerezas. Asiéndolo de la mano, lo derribó y arrastró fuera del recinto, llevándolo a don Pedro, quien mandó custodiarlo, en espera seguramente de poder utilizarlo más tarde como rehén. Pronto se presentó la ocasión. Cada vez que los sitiados disparaban su artillería sobre las casas de la villa, los manriqueños *“ponían al mochacho donde le pudiesen dar, y ansy dexaban de tirar”*.

Semejantes rasgos de crueldad, propios de toda guerra, no impedían que, por otra parte, hubiera sucesos que dejan muy en alto el sentido del honor y la caballerosidad de los contendientes. Tal fue, por ejemplo, el caso que conocemos por narración del hijo de uno de los protagonistas, capitán que había sido de don Pedro Manrique, apellidado Sandoval. Púsose éste de acuerdo con tres escuderos de Montoya para que, a cambio de 50 doblas para cada uno, le facilitaran la entrada en el reducto. El y cuatro de sus hombres se deslizaron de noche en el castillo, creyendo dar una sorpresa con que ganar fortuna y gloria, pero se dieron cuenta demasiado tarde de la traición de que habían sido objeto, al verse envueltos por una turba de soldados enemigos, que los acuchillaron sin piedad. Sandoval mismo cayó prisionero, con una gran cuchillada en un hombro y una pedrada en

la boca que le derribó todos los dientes. Sanó en prisión, mientras cultivaba la amistad de su adversario, el alcaide Montoya, el cual le permitió ir libremente, mediante la promesa de que no volvería a ayudar contra él a don Pedro Manrique mientras durase el cerco.

Retiróse Sandoval a Bayonas, donde tenía su casa, con arreglo a la palabra empeñada, y desde allí mantuvo correspondencia con Montoya, que le contaba las incidencias del asedio y le pedía se mantuviera neutral, pues sospechaba que, aunque indirectamente, seguía favoreciendo la causa manriqueña. Al fin, cuando el alcaide, desilusionado por haber visto volver grupas a unos caballeros que le enviaba el Marqués, al ser éstos descubiertos por los de don Pedro, decidió rendir la fortaleza, echó mano de su antiguo rehén, su buen amigo Sandoval, para que mediara entre él y Manrique al establecer las condiciones de capitulación, que fueron inmejorables, gracias seguramente a la intercesión de aquél. Además de su vida y hacienda y las de sus familiares y soldados, Montoya recibió al abandonar el castillo un magnífico caballo. Aún no había salido del puente levadizo cuando se le hizo entrega de 250.000 maravedís *“so color de un lienço que el dicho Montoya había hecho en el dicho castillo”*. Por si fuera poco, Sandoval acompañó a su amigo a través de los territorios manriqueños para él hostiles y peligrosos, hasta ponerlo a salvo en Albaladejo de los Freires.

Las fuerzas de don Pedro ocuparon el alcázar y recibieron de éste un nuevo al-